

Y al igual que los Dolores, la Soledad de María fue también fecunda en grado sumo, como lo fue la de Cristo. Cristo y María, por así decir, debían estar solos en la cruz, solos en la obra redentora.

• *Cristo debía sufrir la soledad del Redentor, esto es, de ser el único Pontífice capaz de reconciliarnos con Dios, y la única Víctima capaz de expiar nuestros pecados. Por eso estuvo absolutamente solo, y quiso verse separado y distanciado de todos, dejando que todos, incluso sus apóstoles, lo abandonaran. Era el Sol de justicia que, para iluminar a toda la tierra, debía verse absolutamente solo en los cielos, absolutamente separado de todos nosotros.*

• *Y María debía sufrir la soledad de la Corredentora, esto es, de ser la única Madre capaz de engendrar a la vida de la gracia. Ella no era el Sol de justicia, pero sí la Luna santa e inmaculada que refleja sobre toda la tierra la luz del Sol, y que por eso mismo, también para ser universal, ha de estar separada de la tierra.*

Nuestro Señor, al encarnarse, quedó constituido Cabeza de la Iglesia, esto es, del Cuerpo místico formado por las almas redimidas de hecho. Pero así como Adán, constituido cabeza de la humanidad, necesitó, para poder comunicar su vida a los demás, de una ayuda semejante a sí, del mismo modo Cristo no quiso engendrar solo a las almas para la vida de la gracia, sino con la colaboración real de su Santísima Madre. Jesús y María, en el Calvario, son el nuevo Adán y la nueva Eva, los nuevos Padres de la humanidad, que por sus dolores y sufrimientos restauran a las almas en la vida divina perdida por el pecado. Las almas fieles, la Iglesia, nacen del Corazón traspasado de Jesús, como enseñan los Padres de la Iglesia; pero también nacen del Corazón Inmaculado de María, que con el Corazón de Jesús formaba un solo Corazón.

Por eso podemos aplicar a María las palabras de Isaías sobre el Mesías sufriente: «Quiso Dios quebrantarla con sufrimientos; mas luego de ofrecer su vida en sacrificio por el pecado, verá una larga descendencia y vivirá largos días... Verá el fruto de los sufrimientos de su alma... Por haber cargado con las iniquidades de ellos, le daré en herencia una gran muchedumbre, y recibirá innumerables gentes por botín» (Is. 53 10-12).

Conclusión.

Agradecemos, pues, a la Virgen Santísima, la Soledad y los Dolores que quiso asumir para procurarnos a todos nosotros la eterna salvación de nuestras almas. Pero no nos limitemos solamente a eso, sino prometámosle también aprovecharnos lo más que podamos de los frutos de la Pasión, obra conjunta de Jesús y de Ella, viviendo santamente, alejándonos del pecado y de sus ocasiones, y pregonándola a Ella, por sus Dolores, como la causa de nuestra alegría y de nuestra salvación.

Intensidad, serenidad y fecundidad de los Dolores de María

Al entrar en la Semana Santa, para meditar en la pasión de Nuestro Señor Jesucristo y acompañarlo en sus sufrimientos, no puede la piedad cristiana olvidarse de la parte que en ella tuvo la Santísima Virgen. Diríase que a esta Semana Santa le faltaría algo si las almas redimidas no dedicaran un recuerdo, un consuelo, un acompañamiento, a la Virgen Dolorosa en el terrible desamparo que sintió su alma, hasta el punto de poder quejarse a Dios como lo hizo su Hijo desde la cruz: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?».

Este desamparo es para el alma de la Virgen una de las consecuencias del plan divino, según el cual el género humano no debía ser redimido sólo por un Hombre, sino por un Hombre y una Mujer. «No es bueno que el hombre esté solo: hagámosle una ayuda semejante a él» (Gen. 2 18). En su obra de la Redención, el Hombre Dios debía ser ayudado por alguien semejante a El; el nuevo Adán debía verse acompañado por una nueva Eva; Jesús debía verse visto auxiliado por María. Pero eso implicaba que la Santísima Virgen sufriese la misma soledad y desamparo que sufrió Nuestro Señor Jesucristo en la cruz.

En este desamparo de Nuestra Señora al pie de la Cruz, podemos contemplar tres características de sus Dolores, de su Compasión, de su Soledad, que todo esto viene a ser lo mismo: • Soledad y Dolores *intensísimos*; • Soledad y Dolores *sumamente serenos*; • pero Soledad y Dolores *increíblemente fecundos*.

1º Intensidad angustiada de los Dolores de María.

La Soledad de María estuvo colmada de dolores. En efecto, ¿qué le quedaba a Nuestra Señora después de la sepultura de su Hijo, sino el recuerdo de todo lo acontecido, en espera de la pronta resurrección? Y ¿qué era lo acontecido, sino una suma de amarguras y de dolores?

Puesto que Dios había decretado que Nuestro Señor debía redimirnos a través de los dolores y humillaciones supremas de su Pasión y muerte, Nuestra Señora debió amoldarse –y lo hizo admirablemente por amor a Dios y a las almas– a ese plan divino, y asumir los dolores increíbles que suponía estar asociada a su divino Hijo en la obra de la redención.

Dios había señalado a la Serpiente, como su castigo propio: «Pondré enemistades entre ti y la Mujer, y entre tu descendencia y la suya; Ella te aplastará la cabeza, y tú le morderás al talón» (Gen. 3 15). La imagen dada por Dios es clara: la Mujer, y su Descendencia –que es Cristo– aplastarán juntos la cabeza de la Serpiente, la cual, sin embargo, en el momento de recibir el pisotón, morderá el pie que la aplasta. Ese pie, esa parte más débil, era para Cristo su santa Humanidad; y para la Virgen, era su parte sensible y pasible, tanto en el cuerpo como en el alma.

Sí, el demonio, aunque derrotado en la cruz, logró morder dolorosamente el alma de la Virgen en la Pasión. Ya Santo Tomás señalaba que Dios permitió que el alma de la Virgen fuera tentada, no con la lucha que proviene de la carne –que nunca sintió, por no tener ninguna inclinación al pecado–, sino con la impugnación que viene del enemigo, esto es, del demonio, que ni a Cristo mismo perdonó. El demonio, pues, trató de impugnarla tanto en su cuerpo como en su alma. Puesto que la Virgen debía ser Corredentora juntamente con Jesús, debía compartir con El todos sus sufrimientos; y si por ellos Cristo se convertía en el «varón de dolores», por ellos también Ella debía convertirse en la Dolorosa: «¡Oh vosotros todos que pasáis por el camino, mirad y considerad si hay dolor semejante al mío!» (Lam. 1 12).

1º **En el cuerpo**, la Santísima Virgen padeció en sus sentidos: «Bienaventurados los sentidos de la Santísima Virgen, que junto a la cruz merecieron la palma del martirio», reza la comunión de la fiesta de Nuestra Señora de los Siete Dolores.

- Padeció en **la vista**, viendo a su Hijo apresado y los malos tratos que le infligían, contemplándolo desgarrado por los azotes, humillado con la coronación de espinas, cargado de la cruz y clavado luego en ella, y sobre todo la espantosa agonía que sufrió hasta que expiró.
- Padeció en **el oído**, al escuchar las burlas, insultos e injurias contra su Hijo, y los gritos de la plebe que pedía su muerte sin compasión alguna.

2º Pero la que más tuvo que sufrir fue **el alma de María**, ya que en el cuerpo su Hijo la resguardó por el decoro y decencia que le debía. «Una espada de dolor atravesará tu alma» (Lc. 2 35), le había dicho el anciano Simeón. Ella compartió interiormente, ya que era la Corredentora, toda la pasión de Jesús, y sintió en su alma cada una de las etapas de la pasión.

Así, sufrió juntamente con El: • **la agonía**, cargando con El con la pena debida por nuestros pecados; • **la flagelación**, sintiendo su alma desgarrada por los azotes que caían sobre el cuerpo de Jesús; • **la coronación de espinas**, la **crucifixión**, el **abandono** de Jesús en la cruz...

Además: • Ella entendió como nadie la ofensa que en la pasión de su Hijo se hacía a la Majestad de Dios; • Ella acompañó a Jesús en la consideración de la malicia infinita de los pecados, y en el peso que significaba cargar con ellos para expiarlos; • Ella sintió profundamente la ingratitud de Israel, que de modo tan denigrante rechazaba a su propio Mesías, tanto tiempo esperado; • Ella intuyó el poco o ningún fruto que para tantas almas tendría la pasión ignominiosa de su Hijo...

Consideremos nosotros, pues, estos amargos Dolores de la Virgen, persistentes en su alma incluso después de haber sucedido, o tal vez más entonces que en cualquier otro momento, porque esos Dolores eran todo lo que le quedaba. Considerémoslos, y tratemos de acompañarla por la compasión, el dolor de verla así, y el arrepentimiento de nuestros pecados.

2º Serenidad admirable de los Dolores de María.

Con todo, los Dolores de María Santísima fueron serenísimos, llenos de calma imperturbable, lo mismo que en Nuestro Señor. Una de las cosas que más impresionaron a los científicos que hicieron el estudio de la Sábana Santa fue la inexplicable contradicción que existe entre el cuerpo allí impreso y el rostro: a un cuerpo tan terriblemente torturado –decían– no le encaja un rostro tan imperturbablemente sereno y majestuoso. Así fue el alma de María. Podríamos compararla a un mar majestuoso en el que las aguas exteriores y superficiales se ven profundamente agitadas, mientras que las aguas profundas permanecen quietas y mansas.

La razón de esta serenidad es la misma que para Nuestro Señor; y es que la Santísima Virgen tenía en claro tres cosas:

- La primera, que tal era la voluntad de Dios, que impuso a su propio Hijo la orden de morir en la cruz por nosotros; y si Jesús debía morir por nuestros pecados, Ella debía conmorir con El, acompañándolo en sus dolores.
- La segunda, que con todos estos sufrimientos, según el mismo plan divino, quedaba cabalmente glorificado Dios y expiados los pecados.
- Y la tercera, que este inmenso dolor no era para Ella más que el dolor de su maternidad espiritual, como fue para Cristo el de su paternidad sobrenatural sobre la humanidad redimida; y la alegría de estar procurándonos la vida divina a nosotros, la vida eterna recuperada, hacía inmensamente aceptables todos estos sufrimientos.

Sí, eso era lo que unguía los Dolores de Nuestra Señora de la más perfecta serenidad: se había cumplido la voluntad de Dios, se le había ofrecido la debida expiación por todos los pecados, y había quedado abierta para las almas la fuente imperecedera de todas las gracias.

Es en parte por eso que el Sábado Santo, especialmente dedicado a acompañar a la Virgen en su Soledad, está cargado de serenidad, esa serenidad que es la misma que la del alma de Cristo, y que tan bien describe la liturgia de ese día en el Oficio de Tinieblas. Ha sido cumplida la voluntad de Dios, y está en ciernes la recompensa prometida a los que han realizado la obra de la Redención: su exaltación sobre toda criatura, y una grandísima descendencia.

3º Fecundidad admirable de los Dolores de María.

Justamente por eso, porque por sus Dolores la Virgen colaboraba con Nuestro Señor a abrir para todos los hombres las fuentes de la gracia, revistieron una fecundidad admirable, al igual que los de Cristo.